Huella de Sangre

JUAN GORDILLO

HUELLA DE SANGRE

JUAN GORDILLO

Avant
editorial

Primera edición,diciembre de 2022
©JUAN GORDILLO 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19584-09-0
IBIC:FA
Depósito legal: M-30934-2022

A mis hijos, Roberto, Jaime y Claudia.
Y a su madre, Pilar, mi musa, el faro que me guía.

CAPÍTULO 1

El murmullo del público se detuvo en cuanto la iluminación de la plaza fue disminuyendo para incidir sobre el espacio escénico situado justo delante de la entrada a la Catedral de Coria, sede y emblema del Festival Internacional de Guitarra Clásica que cada año atraía a miles de personas a la ciudad. El silencio se apoderó de la oscura y agradable noche de verano, para acabar rindiéndose a la melodía que comenzó a brotar de aquellas seis cuerdas, acariciadas por unas pequeñas manos de mujer. Era el plato fuerte del festival, no quedaba un solo asiento vacío en la Plaza de la Catedral, la noche acompañaba y nadie quería perderse el concierto de la joven y exitosa intérprete. No había nada más en qué pensar, tan solo cabía disfrutar del maravilloso momento musical con el que la guitarrista sueca deleitaba ya a los presentes.

Esa hermosa distracción junto con la oscuridad del entorno fueron las cómplices causas de que absolutamente nadie se fijara en las dos negras figuras que, pegadas a la pared norte de la Seo cauriense, atravesaron fugaces el tejado, colocaron unos anclajes,

y se deslizaron por una cuerda doble hasta el patio del claustro catedralicio. Habían llegado hasta allí ascendiendo por la colina desde el lado oeste, hasta alcanzar el descuidado muro trasero del Palacio de los Duques de Alba, que apenas sobresalía entre la maleza. Después, continuaron por un camino que discurría junto a la pared exterior, rodeando el palacio ducal, y moría justo en la esquina delantera, frente a la Puerta del Perdón. Tras comprobar que nadie podía verlos en ese momento, cruzaron la plazuela hasta un pequeño entrante que había entre la pared de la catedral y el edificio adosado a esta, desde ahí treparon hasta el tejado y caminaron con cuidado hasta llegar a la altura del patio.

Mientras la embriagadora melodía continuaba sonando de fondo y rebotaba en los cristales que separaban el patio del claustro, las dos sombras ajustaron unas cuerdas y descendieron por ellas, después se desprendieron de sus arneses y se dirigieron a la puerta, también de cristal, situada en uno de los tres vanos de la crujía oeste. La abrieron sin demasiado esfuerzo y se quedaron quietos unos instantes, observando minuciosamente las irregulares losas del suelo para sortear las que pudieran delatarlos al pisar sobre ellas. La curiosa numeración que presentaban les facilitó la decisión. Cuando estuvieron seguros de sus pasos, cruzaron la panda, forzaron la siguiente puerta y penetraron en el interior de la primera sala, moviéndose con destreza de una estancia a otra hasta llegar a su objetivo. El museo albergaba objetos de gran valor, bellísimas esculturas, cuadros, documentos y piezas de platería de varios siglos de antigüedad. Pero ninguno de ellos parecía interesarles lo más mínimo, hasta que llegaron a su objetivo, situado en el centro de una de las salas y rodeado de cálices de plata, cruces procesionales y candelabros renacentistas. El objeto que buscaban sobresalía del interior de una bella arqueta

de plata entreabierta y estaba protegido por una enorme urna de cristal, la levantaron con sumo cuidado, aunque plenamente confiados en la seguridad de que aquello carecía de cualquier tipo de dispositivo de alarma que pudiese dar al traste con la operación. Sabían que eso no iba a pasar, el plan había sido estudiado al detalle y conocían perfectamente las escasas medidas de seguridad de las que disponía el museo.

Colocaron la urna en el suelo y se incorporaron para admirar por un momento la sagrada reliquia, antes de continuar con el plan. Ahí la tenían, por fin, ahora sí, sin nada por medio que la protegiese, al alcance de sus manos. Contemplaron fijamente aquel magnífico objeto sagrado y percibieron una extraña sensación, un misterioso poder magnético que les impedía apartar la mirada. Fue lo único que no tenían previsto, habían estado junto a la reliquia en varias ocasiones, en sus visitas al museo, pero ahora era distinto, la urna ya no la protegía, ni los protegía a ellos. Se encontraban tan cerca, sin nada que les impidiera alcanzarla y, sin embargo, se preguntaban si podrían llegar a hacerlo, era el momento crítico de la operación. Si conseguían abstraerse del poder hipnótico bajo el que se encontraban, nada los detendría. Deseaban tocarla, extraerla del arca de plata y huir de allí con ella cuanto antes, pero estaban petrificados, no lograban mover un solo músculo de sus cuerpos, se limitaban a mirar aquel objeto sagrado, abstraídos de todo lo que sucedía o pudiera acontecer a su alrededor. De pronto, la melódica música que sonaba de fondo procedente de la Plaza de la Catedral cesó, dando paso a un clamoroso y atronador aplauso con el que el público quiso agradecer el inolvidable momento que la joven promesa sueca de la guitarra les estaba regalando. Aquel sonoro reconocimiento fue el oportuno estímulo que finalmente consiguió apartarlos de

la poderosa atracción. Inmediatamente uno de ellos se quitó la mochila que llevaba a su espalda, mientras el otro se apresuró a extraer la reliquia de la arqueta con el cuidado de un padre que tiene en sus manos por primera vez a su hijo, la introdujeron en la mochila y se dispusieron a emprender el camino de vuelta para escapar con el botín, antes de que los asistentes al concierto comenzaran a levantarse de sus asientos y abandonaran la plaza, lo cual habría complicado mucho su huida.

Volvieron a utilizar las cuerdas de escalada y subieron desde el patio del claustro al tejado, atravesándolo pegados a la pared de la catedral, protegidos de nuevo por la oscuridad. Bajaron por el pequeño entrante de la Puerta del Perdón y emprendieron velozmente la huida a través del camino que bordeaba el Palacio de los Duques de Alba, ladera abajo, en dirección a la carretera que rodeaba la colina. Allí les esperaba alguien dentro de un coche oscuro, oculto tras unos matorrales que tapaban una vieja cancela de entrada a una finca. Cuando el hombre del coche los vio llegar, encendió las luces un momento para mostrarles su posición, pero no accionó el motor todavía, esperó a que los dos estuvieran dentro para hacerlo, con el fin de evitar ser descubiertos por algún paseante nocturno.

—¡Vámonos! —gritó uno de los chicos, mientras se quitaba el pasamontañas con el que ocultaba su rostro.

—¿Lo tenéis? —preguntó el conductor.

—¡Lo tenemos!, ¡vámonos de una vez! —respondió su compañero, mostrando la mochila.

—¡Bien! —dijo—. ¡Agarraos!

El vehículo emprendió veloz la marcha camino abajo, hasta llegar a la carretera general, convirtiéndose rápidamente en

una pequeña luz que, poco a poco, se fue desvaneciendo en el horizonte.

—¿Ha ido todo bien? —se interesó aquel hombre de aspecto siniestro, rompiendo el silencio de los primeros kilómetros.

Los dos jóvenes se miraron fugazmente y recordaron el extraño momento vivido dentro del museo, antes de robar el objeto que guardaban en la mochila. Estaban acostumbrados a ese tipo de trabajo, eran mercenarios experimentados, dos hermanos que habían huido de Argentina después de un desacertado golpe en San Cristóbal, donde asesinaron a un policía que se le ocurrió cruzarse en su camino. Sin embargo, el estremecimiento que sintieron cuando se encontraron frente al viejo lienzo que sobresalía del arca de plata, les había dejado una marca imborrable.

Raúl, el más joven, de tez morena y pelo muy corto, al estilo militar, contestó:

—Todo bien, ningún problema.

Volvió a mostrar la mochila y se dispuso a abrirla, pero su hermano Ariel lo cogió del brazo, impidiéndoselo. Este era de piel algo más clara y tenía el mismo corte de pelo.

—¡Aún no! —recriminó a su hermano mientras miraba desafiante a los ojos de aquel tipo flacucho de gélida mirada, a través del espejo retrovisor.

Ariel Correa no se fiaba de él desde que lo vio por primera vez en Marbella, dos meses atrás, en la cena organizada por Matías Allegri, un mafioso argentino asentado desde hacía muchos años en la villa malagueña, donde se dedicaba a toda clase de negocios turbios con los que había amasado una considerable fortuna. Matías Allegri era considerado por la extensa colonia argentina de la Costa del Sol como una especie de patriarca, alguien a quien acudir en caso de necesidad. No hacía preguntas y siempre

estaba dispuesto a ayudar a quien lo necesitara. Posteriormente, él decidía cómo cobrarse la deuda contraída y la de los hermanos Correa era una deuda a la que estaba dispuesto a sacarle el máximo provecho, no en vano había corrido con todos los gastos de su huida y les proporcionó una nueva identidad en España.

Allegri había llamado a los Correa para explicarles los pormenores del trabajo que debían llevar a cabo para el hombre que estaba sentado a su lado, un norteamericano no muy agraciado físicamente, paliducho y extremadamente delgado, pero con una mirada escalofriante. Llevaba embadurnado en gomina el escaso pelo que tenía, era de piel blanquecina y lucía un pequeño bigote canoso. Había algo misterioso y peligroso en él, no hablaba mucho, pero tampoco lo necesitaba, bastaba con mirarlo para que la sangre comenzara a bajar de temperatura de manera drástica. Los hermanos Correa nunca habían visto antes a aquel hombre con su compatriota, debía haber acudido al patriarca por primera vez, conocían a la mayoría de la gente que hacía negocios con el mafioso argentino y aquel tipo no era uno de ellos, incluso notaron que el propio Allegri parecía más receloso que de costumbre, y sin embargo, había aceptado el trato que le propuso sin discusión alguna.

—Pagan bien —les había dicho—. Es todo lo que necesitáis saber, de lo demás ya me encargo yo, vosotros solo tenéis que hacer bien vuestro trabajo y la deuda quedará saldada.

No se les ocurrió ni por un instante desobedecer a su compatriota, eran muchos los favores que le debían y estaban obligados a confiar en él, pues no era alguien que se tomara muy bien los rechazos. En más de una ocasión, ellos mismos habían actuado como brazo ejecutor de la furia del argentino, contra algún desagradecido paisano que osó contravenir su voluntad.

La reunión en el club había sido breve, tan solo cruzaron un puñado de palabras, las suficientes para explicar lo que el misterioso norteamericano quería de los dos jóvenes y el precio a pagar por los servicios prestados.

Por culpa del mafioso Matías Allegri y por el maldito dinero, un montón de dinero, habían aceptado aquel trabajo a pesar de desconfiar del tipo flacucho de pelo engominado y mirada siniestra que ahora se encontraba al volante.

Continuaron el trayecto en silencio, sin dejar de vigilarse mutuamente a través del espejo retrovisor. Abandonaron la carretera general y tomaron un camino rural que discurría entre una espesa dehesa de encinas. Después de unos kilómetros de completa oscuridad y no muy cómodos, debido al irregular terreno, llegaron a una pequeña casita abandonada. El siniestro norteamericano paliducho detuvo el coche y paró el motor.

—¿Es aquí? —preguntó Ariel Correa, algo nervioso y desconfiado, pendiente de cualquier extraño movimiento de aquel hombre misterioso.

—Sí, aquí es —contestó, helando el habitáculo del vehículo con sus escasas palabras.

El menor de los Correa miraba a través de la ventanilla, intentando distinguir algo en el exterior, pero solo había oscuridad.

—¡Ahí fuera no hay nadie!, ¿está seguro de que es aquí? —dijo, agarrando la mochila fuertemente, consciente de que era su seguro de vida.

De pronto, a unos metros de ellos, unas luces se encendieron y volvieron a apagarse, haciéndolo varias veces, de manera intermitente. El tenebroso hombrecillo norteamericano sonrió levemente, accionó la palanca de las luces largas de su coche y comenzó a lanzar destellos en la espesa oscuridad.

—¡Ahí está! —susurró, mirando a los argentinos por el espejo retrovisor, intuyéndolos más que viéndolos, debido a la cerrada noche.

El vehículo volvió a encender las luces, pero esta vez también accionó el motor y se acercó hasta ellos. Cuando paró, pudieron ver a una mujer al volante. Tenía el cabello rubio y vestía de forma elegante, lo cual resaltaba aún más su atractiva figura, nada tenía que ver con el escuálido hombrecillo del bigote canoso, aunque quizás se asemejaran en la frialdad de sus miradas.

—Buenas noches, señores —saludó ella bajándose del coche —. ¿Ha ido todo bien?

—¡Lo tienen! —se apresuró a decir el siniestro hombre paliducho, antes de que los argentinos pudieran contestar.

—¡Sí! Aquí está —confirmó Raúl, volviendo a exhibir la mochila con la reprobación de su hermano, que no acababa de fiarse de aquella extraña pareja.

—En cuanto nos den la plata será suya, cuanto antes terminemos con esto mejor para todos, ¿no creen? —planteó el receloso Ariel Correa.

—Por supuesto, señores, es lo convenido y nosotros siempre cumplimos un trato —añadió la peligrosa mujer—. La bolsa con el dinero está en el coche, y las llaves están puestas, pueden comprobarlo y, si todo está bien, daremos por terminada nuestra corta relación.

Los jóvenes argentinos bajaron del Audi y se acercaron al vehículo todoterreno. Efectivamente, tal como había asegurado aquella mujer de cabellos dorados, allí se encontraba la bolsa. La abrieron y comprobaron que la cantidad era la acordada, después la cerraron, subieron al coche y, cuando iniciaron la marcha, arrojaron al exterior la mochila con el Sagrado Mantel de Coria.

La zozobra que les infundía aquella extraña pareja parecía ir desapareciendo con cada metro que los alejaba de ellos. El joven Raúl, liberado ya de aquella mochila con el sagrado lienzo, miraba hacia atrás y notaba cómo su excitación se aplacaba a medida que avanzaban y se alejaban de ellos.

—¡Ya está! ¡Lo hicimos! ¡Dale, dale! —espoleaba a su hermano mayor que, receloso aún, no abrió la boca y continuó centrado en conducir a través del oscuro camino que tenía delante, deseando llegar cuanto antes a la autopista.

Desde la posición de la misteriosa pareja apenas se divisaban las luces rojas del coche, camufladas entre la arboleda y alejándose cada vez más.

—Es una pena lo de esos dos chicos, me caían bien —apuntó el paliducho americano.

—¡Oh! ¡Vamos, señor Elliot! Usted no tiene corazón, recuerde que está hablando conmigo —objetó la mujer, mirándolo de reojo.

—¡Cierto! —asintió, sacando su teléfono móvil del bolsillo—, yo no tengo corazón… y usted no tiene sentido del humor.

Miró a la pantalla del *smartphone*, buscó en la agenda de contactos y seleccionó uno de ellos, accionando el icono de llamada. El aparato buscó la señal y conectó con el número telefónico requerido, sonó la llamada y al mismo tiempo una pequeña detonación rompió el silencio de la noche en aquel bosque solitario. El coche, con los dos hermanos argentinos dentro, se llenó rápidamente de un humo blanco y espeso, colisionando contra uno de los árboles un momento después.

La mujer se agachó y recogió la mochila del suelo, después la metió en el coche y se puso al volante.

—La malla está en el maletero —informó al pálido hombre siniestro—, vamos, no hay tiempo que perder.

Mientras tanto, en la plaza de la catedral cauriense, el público comenzaba a abandonar sus asientos, absolutamente ajeno al robo sucedido momentos antes frente a ellos. Todos comentaban la agradable velada disfrutada, mientras se perdían por alguna de las tres calles que daban a la Iglesia de la Asunción, de camino a sus casas, algunos, y a los escasos bares abiertos a esas horas, otros. En pocos minutos, la plaza se quedó vacía y el silencio volvió a tomar posesión del lugar, quebrado tan solo por algún ruido aislado de los técnicos que desmontaban los equipos de imagen y sonido. Uno de ellos, acompañado por el deán de la catedral, entró en la seo para desconectar los cables de la toma de electricidad que habían utilizado para el evento. En ese instante, el deán sintió una pequeña corriente de aire venida desde el pasillo que conducía al claustro y se dirigió hacia ese lugar para comprobar que todas las puertas estaban cerradas, tal como él las había dejado esa misma tarde, apenas unas horas antes. Con cada paso que daba, su piel se tornaba más y más blanca, temeroso de que su mente estuviera en lo cierto, pero no, no podía ser, era imposible. No pudo continuar negándolo, sintió que las piernas abandonaban su cuerpo y rápidamente se apoyó en el viejo arcón situado a la derecha de la puerta de entrada al museo.

La puerta estaba abierta y al viejo deán apenas le quedaron dudas ya, sabía qué había ocurrido, se irguió como pudo, tomó aire y aceleró el paso sin preocuparse del técnico, que parecía no entender nada, entró en el museo y encendió todas las luces, dirigiéndose hasta la sala capitular.

—¡Que Dios nos asista! —pronunció cuando vio la urna en el suelo, antes de echar a correr por el claustro hacia la salida.

Cruzó la plaza y empujó bruscamente la puerta de cristal del hotel situado frente a la catedral, tropezando en el umbral y cayendo al suelo. La recepcionista dio un grito alarmada, pero el viejo sacerdote ni siquiera la miró, se levantó rápidamente y se dirigió al patio del hotel, donde algunas de las personalidades que habían asistido al concierto permanecían sentadas, conversando y disfrutando de aquella agradable noche de verano.

—¡Don Félix!, ¡Excelencia Reverendísima! —gritó cuando accedió al patio, mirando a uno y otro lado.

El obispo, al oír los gritos, se levantó de la mesa que compartía con algunos políticos y mandatarios de la ciudad y la provincia, indicándole su posición.

—Aquí estoy don Andrés. Por el amor de Dios. ¿A qué vienen esos gritos?

—¡Señor obispo! ¡No está! ¡Se lo han llevado! —alertó el deán, intentando respirar hondo sin conseguirlo—. ¡El Sagrado Mantel! ¡Han robado el Sagrado Mantel de la Última Cena!

CAPÍTULO 2

El grupo permanecía en absoluto silencio, intentando retener en su memoria las últimas instrucciones que daba el monitor antes del gran momento. La adrenalina subía imparable, dispuesta a salir a borbotones en cuanto dieran la señal, un incesante hormigueo en sus estómagos anunciaba ya el momento esperado. Tras concluir la charla, el maestro de saltos alzó una mano y dio la indicación para que se levantaran de sus asientos y se colocaran ordenadamente junto a la puerta del avión. Todos se pusieron de pie, a la espera de una segunda señal indicando que era el momento de saltar. Sin mirar atrás y de forma decidida, comenzaron a lanzarse al vacío uno tras otro, abandonando el Beech B99 que después de unos segundos se convertiría en un pequeño punto en el cielo azul de la Costa Brava y de nuevo el frío silencio invadiría las alturas.

Inmediatamente comenzaron con la formación, tratando de unirse en torno al grupo base para formar un círculo multicolor, permanecieron cogidos de las manos unos segundos, en la posición que habían practicado miles de veces sobre el *creeper*, después se soltaron y practicaron otras formaciones, antes de que se

les acabara el minuto de gloria en caída libre. Finalmente, jalaron el cordón de apertura y el paracaídas comenzó a desplegarse de manera instantánea.

Tras la caída libre comenzó el espectáculo del velamen. Los saltadores se fueron concentrando y posicionándose unos sobre otros, consiguiendo formar entre todos una especie de castillo de naipes inverso, mezclándose los colores de sus telas con el blanco inmaculado de las nubes que se asomaban a la costa y el azul del cielo de fondo. Las vistas del litoral eran impresionantes. Contemplar durante unos lentos minutos y bajo sus pies los canales de Ampuriabrava, los pueblos de la Bahía de Rosas y el intenso color azul del Mediterráneo, era algo realmente único que solo desde aquella altura se podía conseguir. Pero lo que más les entusiasmaba y, en definitiva, lo que les animaba a saltar desde doce mil quinientos pies de altura, todos los fines de semana, era la sensación extrema de libertad que disfrutaban al atravesar el aire en la caída libre, a una velocidad de casi doscientos kilómetros por hora.

—¿No os parece que se nos ha inclinado demasiado? —se quejó una mujer pelirroja con acento alemán, mientras tomaba un sorbo de cerveza directamente de la botella.

—Tú siempre tan perfeccionista, Alexandra, yo lo he visto bastante bien —le recriminó uno de los chicos del grupo, girándose hacia ella y apartando la vista de la pantalla a la que miraba sin pestañear el resto del grupo.

—No se trata de perfeccionismo, Andrew, es muy difícil mantener la formación, lo sé, sobre todo con esta persistente tramontana, pero creo que podíamos haber hecho algo más.

—La verdad es que ha estado muy bien, os lo aseguro —intervino Marc Ponds con su amable sonrisa, justo en el momento en que terminó el vídeo.

Marc era el monitor y copropietario de la escuela de paracaidismo, además de buen amigo de aquel grupo de diferentes nacionalidades a los que les unía una misma pasión, saltar desde un avión a más de cuatro mil metros de altura, para sentirse libres por un instante y acabar haciendo piruetas en el aire.

—¡Bravo! —contestaron todos al unísono, mientras se sentaban alrededor de una mesa y chocaban sus botellines de cerveza, comentando los detalles de lo vivido unas horas antes en el cielo de la Costa Brava.

Cada sábado de verano cumplían con el mismo ritual: saltos en paracaídas durante toda la mañana hasta agotar las reservas de adrenalina, después, al caer la tarde, se reunían todos en el pub Captain´s Cabin y pasaban las horas viendo las grabaciones que Marc tomaba con la pequeña cámara que llevaba colocada en el casco. La noche les sorprendía aún conversando y bebiendo cerveza en aquel pub decorado como el interior de un antiguo galeón, al que solo le faltaba el agua del mar bajo su suelo, para que los clientes llegasen a tener la certeza de que realmente se encontraban navegando en un barco y no en el local de la calle Sant Mori, en Ampuriabrava.

Sentían debilidad por los saltos acrobáticos en paracaídas, llevaban tres años saltando juntos y mostraban un nexo de unión no muy común, forjado con las miradas cómplices en el aire. Podían pasar horas hablando de cómo mejorar la técnica, nuevas acrobacias a practicar, equipamiento, zonas de saltos… cualquier cosa que estuviera relacionada con su deporte favorito. Todo ello a pesar de ser un grupo de lo más variopinto, formado por la